



Rafel

Nadal **La señora**
Stendhal



DESTINO

Índice

Portada
Sinopsis
Dedicatoria
Cita

Girona, 1990

Primera parte. La casa de la carretera de los árboles

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Segunda parte. El internado

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Tercera parte. Las montañas

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Cuarta parte. 1965, el regreso al pueblo

Capítulo 45

Capítulo 46

Capítulo 47

Capítulo 48

Girona, 1990

Capítulo 49

Nota del autor

Notas

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita [Planetadelibros.com](https://planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

Cuando el último día de la guerra una bala se lleva la vida de una joven madre en un tiroteo en la plaza de Sant Pere de Girona, el destino de Lluç queda para siempre atado al de la señora Stendhal, que lo criará cómo si fuera hijo suyo. La fuerza de la madre adoptiva, la rebeldía del joven Dani y la sabiduría del abuelo Dídac acompañarán la mirada inocente del niño por un paisaje cargado de emociones y promesas. Hasta que choque con el ansia de venganza de los ganadores, decididos a saldar cuentas. Después del éxito internacional de *La maldición de los Palmisano*, Rafel Nadal vuelve a la posguerra con su obra más madura; una novela, entre realidad y ficción, que cierra el ciclo del autor sobre los bandos, el destino y la libertad individual.

A Jordi, Rubèn y Raquel

¿Lo hice quizá para legar a los hombres unas palabras, unos recuerdos como un medio para que tuvieran más oportunidades de evitar que la Historia se repita con su implacable atracción por la violencia? ¿O quizá fue simplemente para dejar una huella de la prueba que tuve que pasar a una edad en la que el adolescente sólo conoce la muerte y el mal a través de lo que descubre en los libros?

ELIE WIESEL, prefacio a *La noche*

Girona, 1990

Entré en la librería de viejo sólo para resguardarme de la lluvia, y salí de allí con un tesoro.

Se había desatado un diluvio sobre el barrio antiguo de Girona. El agua de los tejados desbordaba los canalones, caía a chorro sobre la calle de la Força, y bajaba como un torrente desde la plazuela del viejo instituto. Tenía la gabardina y los zapatos empapados. Miré desesperado a derecha e izquierda, pero no encontré ningún portal donde guarecerme: cuando por fin me decidí a continuar calle arriba, metí los pies en un charco y el agua me caló hasta los tobillos.

Un rayo iluminó la catedral y, acto seguido, todo el barrio se estremeció con el sonido de los truenos. La lluvia continuaba arreciando. Apreté el paso hasta alcanzar el punto más alto de la calle de la Força, y de repente me toqué con la entrada de la librería de viejo de Cortés. Sacudí la cabeza y el cuerpo, como un perro recién salido de agua, y empujé la puerta.

En el interior me recibió un gran alboroto. Dos japonesas, una anciana y otra mujer mucho más joven, saltaban y aplaudían sin parar de reír, rodeadas de libros y de periódicos viejos. Saltaban, bailaban, se ahogaban de la risa, se abrazaban y volvían a empezar, presas de la emoción. El librero ni siquiera reparó en mi llegada; también él se reía y aplaudía cómplice de las japonesas, que para entonces es-

taban tan congestionadas que parecían a punto de sufrir un ataque.

Como nadie me hizo caso, me deslicé discretamente hacia el rincón de las postales antiguas. Me hice invisible tras las cajas que estaban ordenadas por temas y poblaciones. Con los dedos iba pasando fotos y postales como un autómata, absorto en la contemplación de aquellas mujeres. La escena aún se alargó un buen rato. Cuando se calmaron, el librero les hizo entrega de un sobre y acompañó el trámite de grandes reverencias para dar solemnidad al acto. Las mujeres abonaron su compra y, antes de salir al encuentro de la lluvia, le dieron un abrazo. No salía de mi asombro: nunca antes había visto a un japonés abrazar con tanta naturalidad a un desconocido. Cortés las acompañó hasta el umbral y las despidió con la mano hasta que se perdieron calle abajo, protegidas por sendos paraguas de color rojo.

Cuando regresó al interior de la tienda, el hombre se reía y movía la cabeza como si todavía no pudiese dar crédito a lo que acababa de ocurrir. Se sentó y empezó a ordenar las postales que habían quedado sobre el mostrador. De repente, dio un respingo y a punto estuvo de caerse del taburete: acababa de descubrirme detrás de las cajas de postales.

—Joder, Lluç, ¿cuánto hace que estás aquí? No te he visto entrar.

—El tiempo suficiente para ver el numerito de las japonesas. Ya me contarás de qué iba...

Las dos turistas, abuela y nieta, habían entrado a curiosear entre las postales antiguas. Era un ritual que practicaban desde hacía ya muchos años: en cada uno de sus viajes, dedicaban gran parte de su tiempo a buscar postales antiguas de Japón con la esperanza de encontrar una vista concreta de su ciudad, Nagasaki, que fue arrasada por una de las dos bombas atómicas lanzadas por los norteamerica-

nos al final de la Segunda Guerra Mundial. Habían recorrido sin éxito las librerías de viejo de medio mundo, hasta que aquella tarde, en el rincón más insospechado del planeta, acababan de localizar la postal soñada. ¡No podían creérselo!

Lo cierto es que habían encontrado no una, sino un lote increíble de cinco postales en blanco y negro: todas iguales, sin escribir, que estaban como nuevas. En ellas se podía ver una gran avenida de Nagasaki y las fachadas de dos edificios de viviendas, tal y como eran en los años veinte, mucho antes de la guerra. En el ángulo inferior de la imagen, a la derecha del primer edificio, se distinguía perfectamente un porche para la entrada de mercancías y un gran toldo de lona que protegía del sol y de la lluvia las cajas de frutas y verduras de una gran tienda de comestibles: se trataba del negocio familiar de las mujeres que acababan de abandonar la librería. Justo delante de ella se distinguían dos figuras que posaban cogidas de la mano, mirando a cámara: una señora de mediana edad y una niña pequeña, que debía de ser su hija, y que no era otra que la abuela japonesa que apenas unos minutos antes había estallado de alegría en aquella librería de la judería de Girona. El toldo y la tienda se extendían hasta más allá de los límites del primer bloque de pisos y ocupaban los bajos del edificio contiguo. El 9 de agosto de 1945 la explosión de la bomba atómica no había dejado ningún resto de la estructura de los dos edificios, y el rastro de la prolongación lateral de la tienda había desaparecido para siempre. Sin planos ni fotos del local, la familia no había podido acreditar después de la guerra que ellos eran los propietarios y, en consecuencia, habían perdido todos sus derechos sobre el inmueble. La postal que acababan de descubrir les devolvía la esperanza: cuarenta y cinco años después de aquella terrible explosión, ésta sería la primera prueba que la familia de comer-

ciantes podría aportar para reclamar la propiedad que unos vecinos poderosos les habían arrebatado cuando se inició la reconstrucción de la ciudad.

Cómo habían llegado a Cataluña aquellas cinco postales de la ciudad japonesa, era un misterio. Como también lo era el hecho de que aquellas dos mujeres hubieran entrado precisamente en la librería de Cortés, quien, unos meses antes, había encontrado aquel lote, por casualidad, en el desalojo de un piso señorial de una familia francesa que vivía en el Eixample de Barcelona.

La emoción con la que el librero me relató lo sucedido me animó a revolver con una atención renovada en las cajas de postales antiguas. Elegí para mi colección un par de imágenes de pueblos de la costa, de principios del siglo XX, ambas con una pita florida en primer término y matas de diente de dragón por todas partes. A continuación, seleccioné una serie de fotos en blanco y negro de mujeres que clasificaban tapones de corcho en la calle, a las puertas de algunas de las fábricas del Baix Empordà y de la Selva. Descubrí también una postal con una vista de mi pueblo, en la falda de las Guilleries, con las cumbres nevadas del Pirineo al fondo. Por último, abrí una caja llena de postales de carreteras y ante mis ojos desfilaron imágenes de carreteras de montaña y de la costa: rutas que serpenteaban como ríos entre los valles y otras que atravesaban en línea recta las grandes planicies del país; carreteras asfaltadas y caminos de tierra sembrados con guijarros y grava volcánica; rectas larguísimas entre campos de maíz, y curvas cerradas entre bosques que trepaban por los puertos de alta montaña.

Y de repente descubrí la carretera de los árboles. Era una foto muy nítida, en blanco y negro. La carretera era inconfundible. En primer plano se podía ver la recta de los plátanos que atravesaba las arboledas. Más allá, el desvío

del pueblo, la acequia, las veredas de la poza y las primeras curvas que se perdían entre robles y encinas, camino de las montañas. Di un grito de alegría y Cortés se sobresaltó.

—Y ahora ¿qué pasa?

—Esta librería está tocada por la mano de Dios —exclamé muy serio.

Aboné las postales y salí a la calle. Había entrado en la tienda sólo para cobijarme, y salía de allí impaciente por mostrarle a la señora Stendhal el tesoro que acababa de descubrir. Decidí que antes de volver a casa pasaría por el piso de la plaza de Sant Agustí.

El diluvio no cesaba. Guardé el sobre con las postales en el bolsillo interior de la gabardina y me precipité calle abajo, sin importarme el aguacero. No se veía un alma. Los turistas habían desaparecido y los gerundenses, acostumbrados a las inundaciones, se habían encerrado en casa y miraban con recelo la lluvia a través de las ventanas. El torrente de agua que bajaba por la calle de la Força formaba una cascada en la escalera del viejo edificio de Correos; volví a sentir la humedad en los pies. Pasé los Quatre Cantons sin detenerme y crucé el río Onyar por el puente de Sant Agustí. La lluvia me golpeaba de costado. El nivel del agua había subido hasta alcanzar las galerías de las casas. Cuando por fin estuve a cubierto bajo los soportales de la plaza, al fondo, más allá del último arco, descubrí dos paraguas rojos que se cerraban entre un grupo de turistas a punto de subir a un autobús.

El restaurante Stendhal estaba a media luz y un camarero, que secaba vasos tras el mostrador, me informó de que la señora Stendhal había ido a visitar a Maria a su casa de la plaza de Sant Pere. Subí a toda prisa la escalera y entré en la casa. La señora Stendhal había dejado las cortinas descubiertas y todas las persianas levantadas: desde allí, contemplar la lluvia sobre el barrio antiguo, al otro lado del río, era

un espectáculo extraordinario. Impaciente por estudiar la postal con más detenimiento, busqué en el escritorio las gafas de leer y me senté de espaldas a la ventana, mientras el agua golpeaba con furia las azoteas y los tejados de la ciudad medieval. Saqué la postal de la carretera de los árboles y la coloqué bajo la lámpara que la señora Stendhal utilizaba para leer. Observé con detenimiento la imagen de la carretera y, cuando descubrí la casita blanca, me sentí atrapado por la nostalgia. Era tal y como la recordaba, rodeada de árboles, a la derecha de la recta de los plátanos que llevaba al pie de las montañas, más allá del cruce del pueblo. Se podían distinguir con claridad los rosales de la entrada, divididos en dos por el camino de grava que conducía hasta la carretera. Detrás de la casa estaba el pozo y el enorme cerezo que presidía el huerto. Debían de haber tomado la foto un día de septiembre, porque los árboles ya deshojaban y, a ambos lados de la carretera, había un manto de hojas secas.